

Silvia Vásquez-Lavado

EL ABRAZO DE LA MONTAÑA

*Una historia
de valentía y redención*



temas de hoy

SILVIA VÁSQUEZ-LAVADO
EL ABRAZO DE LA MONTAÑA
Una historia de valentía y redención

© Silvia Vásquez-Lavado, 2023

© de la primera edición en español,
Editorial Planeta Perú, S. A., 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2023
ISBN: 978-84-9998-995-2
Depósito legal: B. 15.856-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas S. A
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



ÍNDICE

Capítulo 1. Chomolungma	11
Capítulo 2. Borrón y cuenta nueva	25
Capítulo 3. Mitones de cumbre	49
Capítulo 4. Domingo de la Presa	81
Capítulo 5. El alto Himalaya	117
Capítulo 6. Lancaster, 90210	139
Capítulo 7. <i>Ridum</i>	167
Capítulo 8. De primera categoría	189
Capítulo 9. Nada de lo que hacemos es insignificante	213
Capítulo 10. La vaquera peruana sin pasado	245
Capítulo 11. Caminando juntas	263
Capítulo 12. Cuando las cosas se desmoronan	283
Capítulo 13. Testosterona	309
Capítulo 14. La Gran Muralla	317
Capítulo 15. Amable si la dejas	339
Capítulo 16. Los divorciados	371
Capítulo 17. El Valle del Silencio	397
Capítulo 18. La Zona de la Muerte	429
Capítulo 19. En la cima del mundo	457
<i>Agradecimientos</i>	471



CAPÍTULO 1

CHOMOLUNGMA

Si puedo contar hasta mil, puedo superar esto.

1, 2, 3...

Voy a dar un paseo. Eso es. Solo un paseo. Un paseo muy largo, muy empinado y potencialmente mortal hasta la cara del Lhotse, una pared vertical de 1.220 metros de hielo azul que se eleva desde la cuenca del Cwm Occidental.

El Valle del Silencio.

Mi mente es cualquier cosa menos silenciosa, y desde donde estoy el Lhotse se ve como una bestia resbaladiza y brillante.

Un rascacielos alpino.

Justo antes de la pared hay un *bergschrund*, una hendidura profunda donde el glaciar se ha agrietado y separado de la montaña. La avena sin gluten de la mañana me pesa en el estómago mientras miro hacia abajo, hacia su inmensidad. Su amplia boca se abre, hambrienta.

Luego, un sonido.

Un guante cae y se desliza en el vacío. Lo veo desaparecer y me quedo mirando fijamente mucho después de que se haya ido, como esperando a que vuelva a emerger mágicamente.



Ninguno de mis compañeros dice una palabra. Uno a uno trepamos por un campo de rocas erizadas y cruzamos una escalera sobre el *bergschrund*.

Me concentro en las cuerdas. Dos líneas delgadas que serpentean por la cara helada del Lhotse. Una para nosotros, los que subimos, y la otra para los que descienden. Las cuerdas no son más gruesas que mi pulgar, pero nos guiarán durante un kilómetro y medio de camino vertical, como el pasamanos de una escalera. En mi mente se transforman en cordones de terciopelo que nos conducen hacia una misteriosa y exclusiva discoteca donde los bailarines y las bebidas fluyen suavemente. Una borrachera extrema es mucho menos aterradora que esto.

Unos pocos pasos fuera de la ruta, desabrochada, y me convertiría en el guante. Me deslizaría rápida y silenciosamente hacia una muerte vasta e interminable.

En otras palabras, el único camino aquí es hacia arriba.
17, 18, 19...

Mike, el guía principal, nos conduce a la cima de Lhotse; lo siguen Danny y Brian, los escaladores más rápidos y fuertes, y muy cerca de ellos avanza Ang Dorjee. Mark y yo mantenemos el ritmo en el medio del grupo, y en la retaguardia está Lydia Bradey, una leyenda del Everest: la primera mujer que llegó a la cumbre sin oxígeno. Rob, otro miembro de nuestro equipo, que lo había estado pasando mal, no está lo suficientemente sano como para subir más allá del Campamento 2.

33, 34...

En el desayuno, Mike dijo que tardaríamos poco menos de cinco horas en ascender la cara del Lhotse. Extiendo el mosquetón de seguridad desde mi arnés, luego abro el jumar e inserto en él la primera cuerda fija a mi izquierda. Unido al



arnés de escalada que sujeta mis caderas y la parte superior de mis muslos, el jumar es un freno de mano o un asa de trinquete que se desliza por la cuerda en un solo sentido y tira de ella cuando se aplica peso.

Comienzo a caminar lentamente, deslizado el jumar por la cuerda, apretando mis dedos contra el guante para sentir a través del voluminoso material aquello a lo que me estoy aferrando. Los guantes me quedan grandes, como siempre. El equipo de montañismo de élite sigue estando diseñado para hombres, e incluso los guantes extrapequeños bailan en mis manos.

He aprendido a arreglármelas como sea.

Cuando empecé a escalar, el jumar era un símbolo del montañismo. Era lo que te convertía en un «verdadero alpinista», una herramienta que había que dominar para entrar en el club de los alpinistas geniales. Tras una década practicando este deporte y después de haber alcanzado cinco de las Siete Cumbres —las montañas más altas de cada continente—, sigo siendo una niña *nerd* que intenta encajar; pero el jumar ya no es solo una pieza llamativa de mi equipo, es una extensión de mí. Mi línea de vida, mi ancla, la que no se suelta a menos que yo lo haga.

Respeto el jumar. Me inclino ante el jumar.

Y cada vez que siento sus dientes de acero mordiendo la cuerda, suelto un silencioso «sí».

55, 56, 57...

Usando mi hacha como si fuera un bastón, la clavo contra la pared de hielo y me arrodillo en la pendiente para estabilizarme. Caminar con crampones —calas metálicas que se adhieren a los botines— es un arte tedioso. Se clavan en la nieve y el hielo endurecido para proporcionar tracción. Por suerte, tengo el mismo paso corto que la mayoría de los sherpas, quienes ya se nos adelantaron para montar el campamento. Espacio mis pasos para alcanzar las pequeñas marcas que sus botas han dejado.



Evitar quebrar el hielo virgen ahorra una pizca de energía, y estoy acumulando toda la que puedo. Cada paso debe ser preciso y mecánico.

Respiro profundamente y exhalo. Las emociones son peligrosas a esta altura. «Concéntrate. Cuenta. 61. 62. No hay sentimientos. Cuenta. 70. No hay emociones. Cuenta. 84. 85», me digo.

Estamos a treinta y seis horas de la cumbre, creo. Faltan dos campamentos. Trataría de calcular los kilómetros, pero ya no significan nada. A esta altura de la montaña, la distancia se vuelve abstracta. Incluso granular. Nuestros días se miden en puntos de referencia y en elevación ganada. Campamento 3. 7.467 metros. Campamento 4. Banda amarilla. Espolón de Ginebra. Collado Sur. 8.016 metros. La altitud nos posee. Es difícil percibir qué es lo que está cerca y lo que está lejos. El tiempo se expande y se contrae. La perspectiva cambia rápidamente. Vistos desde lejos, somos hormigas en formación, diminutos puntos negros escalando la ladera de una cordillera colosal. Pero mi campo de visión es microscópico: todo lo que veo es el brillo y el desmoronamiento de la pared que estoy escalando en este momento.

A esta altura, estamos más alto de lo que ningún pájaro jamás volará.

Me pregunto si los pájaros hacen esto. Si se obsesionan con la altura, si tratan de volar más alto que los demás.

93, 94, 92...

Mierda. A empezar de nuevo.

1, 2, 3...

En algún lugar detrás de esta pared está la cumbre. ¿O está por encima?

¿Por qué no he memorizado mejor esta ruta?

Lhotse es el último obstáculo antes del Campamento 3, donde nuestros tanques de oxígeno nos esperan. Por encima de

los 7.300 metros, la subida es una carrera contra la falta de oxígeno. A esta altura, descansamos pero no nos recuperamos. Nos estamos deteriorando. Atados a nuestras espaldas como recién nacidos en una manta, los tanques de oxígeno se convierten en nuestra carga más preciada. Sin ellos estaríamos acabados. Todos, a excepción de Lydia, tal vez. De todas formas, la última oportunidad de ser rescatados ha quedado atrás. Los helicópteros no vuelan más alto que el Campamento 2. Ahora, cualquier tipo de rescate, incluso para recuperar un cadáver, tiene que hacerse paso a paso, a pie, por las cuerdas.

24, 25, 23...

Mierda. Otra vez. Vuelvo a empezar.

1, 2, 3...

El viento se levanta.

Las bromas cotidianas y las conversaciones estúpidas se han silenciado y han sido sustituidas por resoplidos y gruñidos graves. Todo el mundo está concentrado en dar su siguiente paso.

—¡Roca! —grita Brian repentinamente desde arriba. Se desvía a la derecha mientras una roca del tamaño de una pelota de baloncesto cae por el Lhotse.

«¡Roca! ¡Roca! ¡Roca!», el eco resuena entre nosotros. Todos nos desviamos a la derecha. 22, 23, 24... Otro equipo pasa silenciosamente por la cuerda de descenso, bajando del Campamento 3. Es inquietante verlos descender mientras todos los demás en la montaña estamos pensando en subir. Es 17 de mayo. Esta es la ventana que tenemos para escalar hacia la cumbre. Bajar significa que algo ha ido mal. Mientras nos pasan, me doy cuenta de que esta mañana no he visto a ningún otro equipo. Somos los únicos en la cara de la montaña.

Quince minutos después, el viento empieza a silbar y a gemir.

—¡Hielo! —grita Ang Dorjee.



Hielo.

Hielo.

Hielo.

Algo no está bien.

A mitad de camino, nos topamos con una protuberancia, una peligrosa saliente rocosa cubierta del etéreo hielo celeste que se forma cuando la nieve cae sobre un glaciar. La protuberancia es una hermosa costra de hielo sobre la que tenemos que retorcer nuestros cuerpos mientras ejecutamos un complicado cambio de cuerdas.

Cada cuerda fija hasta el Lhotse tiene unos cuarenta y cinco metros de longitud. Al final de un segmento, tenemos que desenganchar nuestro jumar del arnés de escalada y engancharlo a la siguiente cuerda. El momento entre cuerdas es el más peligroso. Se trata de un proceso de dos pasos: siempre hay que permanecer sujeto a la cuerda fija por al menos un aparato para evitar resbalar por la pared.

Desengancharse aquí sería un suicidio.

Clavo mis crampones en el hielo tan fuerte como puedo para mantener el equilibrio mientras me desengancho. En ese momento, el viento empieza a gemir, lanzando rocas del tamaño de una garrafa de agua directamente hacia nosotros. Los fragmentos se desprenden de la pared y golpean mi casco. Mis gafas se zarandean. Me arrodillo y aprieto mi cabeza contra la superficie de la montaña. Delante, el Campamento 3, que había visto fácilmente desde este mismo lugar en nuestra segunda rotación, es ahora una mancha borrosa. Entrecierro los ojos y fuerzo la vista para distinguirlo con claridad, pero las nubes son espesas como algodón de azúcar. Una visión que sería dulce, incluso hermosa en cualquier otro lugar, pero aquí no es una buena señal.

Podemos sobrevivir a las nubes de algodón de azúcar que se desprenden, son minitormentas suaves y pasan rápido. Pero si



todo el casquete descendiendo sobre nosotros, no hay adónde ir. A esta altura, el paisaje adquiere un significado diferente. Estas místicas formaciones nubosas albergan avalanchas, los montones de nieve batida esconden fracturas de hielo que pueden tragarse una pierna o, incluso, un cuerpo entero.

La belleza y la muerte son dos caras de la misma moneda.

Esta mañana, Mike predijo que para la tarde el día estaría soleado. En lugar de ello, gruesos casquetes de nubes descienden sobre el Lhotse, y antes de que pueda afianzar mis pies en la pared, el chillido del viento se convierte en un grito hueco. Sopla terrones helados en las mangas abultadas de mi chaqueta, golpea contra la cuerda, azota la nieve en tornados glaciales. Grandes trozos de hielo y escombros bajan a toda velocidad por la pared que nos rodea y se desintegran al caer en picado cientos de metros.

En todas las películas de desastres en el Everest, esta es la escena donde la gente muere.

La visibilidad se acerca a cero.

Todo lo que puedo ver es la cuerda delante de mí.

Rezando por que el suelo sea sólido, piso una cresta rocosa expuesta, donde debería estar el Campamento 3. Diviso el primer grupo de tiendas, donde Ang Dorjee dijo que nos esperarían nuestros tanques de oxígeno. A través de las gafas escarchadas por el frío, los veo: pequeños cartuchos plateados y amarillos que yacen en la nieve como un paquete de pilas AAA. Líneas de vida. Mi respiración es entrecortada y escasa. Me acerco a los tanques, trastabillando, y caigo en medio de mis compañeros ahí reunidos. Esperamos las indicaciones de los guías, pero el viento se arremolina contra nosotros en salvajes ráfagas heladas, borrando todo sonido. Aunque parece que Mike está gritando, me tengo que esforzar por oír lo que dice. No me atrevo a quitarme la bufanda del cuello y la gruesa capucha para oírlo. La hipotermia te ataca al instante a esta altura.



—¡Coge tu tanque y vete! —ladra Mike, y oigo su voz quebrarse por el pánico—. ¡Vamos, vamos, vamos! Está empeorando, seguid moviéndoos. Estamos en un lugar peligroso. Marchaos, ahora.

Durante las últimas cinco semanas, hemos estado entrenando para este momento, para nuestro intento de llegar a la cumbre. Mike ha sido estricto, incluso severo, pero nunca ha perdido la calma. Escuchar el pánico en su voz me lanza a un frenesí que me devuelve a la niñez, a Lima, a mi casa, donde mi padre nos motivaba a gritos. Cumplir sus órdenes no era un problema en mi casa; no se discutía, solo se obedecía. Siempre hacía lo que me ordenaban.

Me apresuro a recoger mi tanque de oxígeno y me muevo robóticamente, dando cada paso tan rápido como puedo.

Primer paso. Abrir la mochila.

Segundo paso. Colocar el tanque de oxígeno en el centro.

Tercer paso. Conectar el regulador y la máscara al tanque.

Cuarto paso. Ajustar el regulador para que no se escape el oxígeno.

Mi corazón late con fuerza. Puedo escuchar mi respiración contra el pañuelo que cubre mi cuello y barbilla. Algo en mi máscara sigue sin encajar. Me pongo a jugar con el regulador, pero mis compañeros ya se están moviendo, así que me ajusto la máscara sin estar segura de que el oxígeno esté fluyendo y los sigo en la tempestad. El Campamento 3 es una cuenca poco profunda, situada en el borde de la montaña, con una vista (normalmente) panorámica. Nuestras tiendas están montadas en el extremo más alejado del campamento, a otros 150 metros por encima del terraplén. Más adelante veo una sombra que se abre paso entre la ventisca. No puedo distinguir si es Danny o Brian. Las ráfagas de nieve se convierten en sábanas y luego, finalmente, en un sólido muro incoloro.



El cielo está completamente blanco.

El miedo, caliente e incontrolable, recorre mi cuerpo. El pánico es mortal en las alturas. Lo sé. Te roba el oxígeno, te envenena los miembros. Me he entrenado para momentos como estos, pero este conocimiento no anula la adrenalina que corre por mis venas.

A medida que dejamos atrás el primer grupo de tiendas, nos enfrentamos a una última travesía. Debemos subir por una delgada cornisa de roca y luego engancharnos a una cuerda por encima de nuestros cascos. Mi máscara está empañada, el conducto de ventilación es grueso y opaco. Cuando respiro, siento que me asfixio en lugar de aspirar oxígeno. ¿Quizás no he activado el regulador? Maldita sea. Me detengo y me quito la mochila para comprobarlo.

—Silvia, ¿qué diantres crees que estás haciendo? —me reprende Lydia con rudeza—. Estás en un lugar peligroso. ¡Sigue avanzando!

De los hombres, la brusquedad es algo esperable, pero de Lydia es chocante. Estoy jadeando, así que me arranco la máscara y trago una breve bocanada de aire. Grandes trozos de escombros caen rápida y frenéticamente por la pared; algunos estallan en astillas mortales, otros golpean y florecen como pequeñas nubes frente a mi cara. Me aferro a la cuerda y camino de puntillas, lentamente: un pie delante del otro. No puedo ver nada más que mis manos agarrando las cuerdas inmediatamente por encima de mí, y entonces, de repente, estas también desaparecen. A través de breves huecos en la nieve arremolinada, veo la siguiente línea fija. Tengo que desengancharme.

Los dedos de mis pies se aprietan dentro de mis botas como si trataran de aferrarse a la montaña. Desbloqueo mi jumar y contengo una larga y aterrorizada exhalación. Por un momento, estoy sin ataduras y sola.



¿Qué pasaría si me detengo? ¿Si simplemente me inclino hacia atrás y me dejo llevar ahora mismo? Caer en picado al vacío con el hielo y las piedras. Y por primera vez tiene sentido: comprendo que la muerte no solo ha estado siempre sobre la mesa, sino que quizás sea la razón por la que estoy aquí.

Más hielo; al parecer, un hielo interminable que cae a mi alrededor a una velocidad vertiginosa. Imagino que soy la siguiente en caer. Nadie me oiría ni me vería. Simplemente estaría aquí y un segundo después me habría ido. Fácil. Tal vez sería más sencillo terminar así. Acabar con un estallido.

Dicen que los años que terminan en 6 son de mala suerte para ascender el Everest. Tanto 1996 como 2006 fueron devastadores para la comunidad montañera, cuando las tormentas mataron a docenas de alpinistas y sherpas. Algunos de sus cadáveres siguen aquí, negros y congelados en la montaña, demasiado fríos como para pudrirse.

Pero es 2016 y aquí estoy.

En Perú, cuando mi madre luchaba contra el cáncer, fui a ver a un psiquiatra llamado doctor Hugo. Él determinó que, para mí, escalar el Everest era un deseo de muerte. ¿No lo es para todo el mundo? Me reí, tachándolo como a un típico machista peruano. Por supuesto que pondría obstáculos a mi ambición. Toda mi vida he sido subestimada por hombres como él. Pero tal vez el doctor Hugo tenga razón. Tal vez estoy aquí para dejar que la montaña haga lo que no puedo hacer por mí misma.

Para cuando engancho mi jumar en el último tramo de cuerda, mi cráneo es una sinfonía. El pum-pum-pum de mi corazón resuena contra sus cavidades huesudas. Dentro de los guantes, mis dedos están completamente entumecidos. Mi piel se calienta, luego se enfría, y mi pecho se agita como si fuera a partirse por el centro. ¿El suelo está arriba o abajo? Todo gira. Mis pies caminan sobre el cielo. Todo es blanco. Un blanco bri-



llante. Como el color de nuestro uniforme único escolar en el primer día de clases. Blanco como los guantes impolutos que los brigadistas de la escuela llevaban durante nuestra marcha patriótica del 28 de Julio. Esos guantes, emblemas exclusivos, eran el máximo reconocimiento que se otorgaba a los estudiantes ejemplares, algo que yo ansiaba ser.

El blanco era limpio, como la nieve que solo había visto en las películas.

El blanco era tranquilidad, pertenencia, calma.

El blanco era orden. Bondad.

Pero ahora, dentro del blanco, hay gritos.

Las siluetas nevadas de mi equipo salen y entran de mi campo visual. Están en algún lugar, adelante, en la tormenta. El viento me hace perder el equilibrio, es casi demasiado fuerte como para mantenerme en pie. Intento pegarme a la pared.

Esto es una locura. Una maldita locura. Escalar una montaña, escalar esta montaña, no tiene sentido.

1, 2, 3...

Me tambaleo en el borde de la travesía. A ciegas por la nieve, me engancho a la última cuerda, termino de escalar, me pongo a cuatro patas y me arrastro como un oso hacia el lugar donde rezo por que las tiendas de campaña estén montadas. Encontrar la mía es el único objetivo. Bloqueo todos los demás pensamientos y sonidos. Ya no tengo que contar más. No soy más que un cuerpo moviéndose en el espacio. Por primera vez, perder la consciencia me resultaría útil.

«¡Entra en cualquier tienda vacía!», grita alguien mientras nuestro equipo de sherpas pasa corriendo. «Descendiendo al Campamento 2. ¡No es seguro aquí!»

Finalmente, veo un grupo de siluetas. Busco a tientas las cremalleras dobles de la primera tienda a la que llego, las separo con un dedo para abrir la solapa congelada y ruedo adentro. Me



quito rápidamente los crampones para que las puntas de la suela no rompan las paredes de la tienda y tiro mi mochila al suelo. Mi tanque de oxígeno sale disparado. Me castañetean los dientes y siento que la sangre empieza a circular por mis extremidades. No puedo dejar de temblar. El viento es feroz y golpea las paredes de nailon. Mi corazón se acelera. Quiero gritar, pedir ayuda, pero nadie me oiría.

No puedo seguir.

Necesito que alguien, quien sea, me ayude.

Lágrimas mocosas ruedan por mis mejillas.

Me acurruco de costado. Hasta aquí llegué. Este es el final. ¿Quién era yo para pensar que podría llegar a la cima del monte Everest? Mis lágrimas se convierten en un sollozo profundo y agitado. Nunca, desde el primer día en el Campamento Base, sola y abrumada en mi tienda, había llorado así.

Antes de salir de San Francisco, redacté un testamento, una formalidad que me recomendaron mis amigos alpinistas. Demasiado dispersa para hacer un documento oficial, redacté un testamento simple, casi verbal. Dejé mi apartamento a la organización sin ánimo de lucro que fundé, y escribí algo general sobre cómo debería seguir utilizándose en adelante. Pero el testamento no parecía real, más bien parecía una medida de precaución a medias que tomaría un adulto responsable. Ahora, las palabras *última voluntad* y *testamento* ocupan un lugar preponderante para mí.

¿Para que dejaría un testamento?

Hubo noches en San Francisco en las que recé para que la falla de San Andrés se abriera y me tragara entera. Para que mi corazón dejara de latir tranquilamente mientras dormía. Hubo mañanas en las que me despertaba con misteriosos moratones por todo el cuerpo. Otras veces, me despertaba en un hospital sin saber cómo había llegado hasta ahí. Perdí muchos días vol-



viendo sobre los pasos de mis desvanecimientos como si fuera una científica forense.

Todos mis amigos y familiares que me rogaban que no escalara el Everest, que temían que muriera, no entendían que me había estado matando durante años.

Trato de envolver mi cuerpo con mis brazos lo más fuerte posible.

Pero no es suficiente. Nunca ha sido suficiente.

Cojo el tanque de oxígeno de color amarillo canario y lo aprieto contra mi pecho. Finjo que me sostiene y me aferro a él como si fuera un soporte vital. Lo que necesito ahora mismo para seguir respirando no es oxígeno, sino contacto humano. Necesito que me sostengan. Necesito un abrazo de alguien que no quiera nada a cambio. Un abrazo que sea puro y protector.

El abrazo de una madre.

El Everest tiene muchos nombres, pero todos ellos significan ‘madre’. Sagarmāthā, ‘madre del cielo’; Chomolungma, ‘madre del mundo’. Por alguna razón, no lo he temido. Siento reverencia por su poder, por su enorme amplitud. En lugar de terror, me he sentido protegida por su tamaño. Hay algo nutritivo y tranquilizador en los eones de roca, en la inamovible brutalidad y belleza del Everest. Llegué a imaginarla como la fuerte guía espiritual que nunca había tenido. Y, a cambio, pensé que ella me vería con la compasión de una madre.

Qué fantasía tan escandalosa.

Qué arrogancia y delirio pensar que una montaña podría salvarme de mí misma. Creer que esta extensa formación de rocas y hielo abriría sus supuestos brazos y me daría seguridad. Qué mierda le importaría si yo vivo o muero. Ha matado a muchos. Las personas vienen al Everest por muchas razones: quieren paz, aventura, honor, gloria, trascendencia. Pero, como una buena madre, nos da lo que necesitamos, no lo que queremos.



Quizás el Everest sea realmente mi deseo de muerte glorificado. Tal vez, lo que he estado persiguiendo es una manera de escapar desde la cima. Literalmente.

¿Por qué esperaba que Chomolungma me salvara?

Después de todo, no es la primera madre que me decepciona.

CAPÍTULO 2

BORRÓN Y CUENTA NUEVA

Tras un rápido golpe, la puerta principal se abrió con un chirrido. El silbido de J bailó por toda la casa hasta llegar a la cocina, donde estaba sentada con mamá mientras ella preparaba café de filtro y sacaba la maracuyá para el zumo de la mañana.

—Hola, pasa a la cocina, J —le dijo—. Estoy haciendo un cafecito.

—Buenos días —dijo J al entrar, y le dio un beso en la mejilla a mi madre.

—¡Hola, J! —chillé, dándole también un beso en la mejilla cuando se inclinó hacia mí. Su barba rasurada era una nube espesa y picante.

Delgado, con un bigote de manillar, pelo negro y tupido, y piel color caoba, J era más joven que el gruñón de mi padre. Con su jovial vitalidad y su silbido iluminaba los rincones oscuros de la casa. Los hombros de mamá se relajaban cuando él estaba cerca.

—¡Jala el banquito! —le dijo ella.

Él se sentó sobre un pequeño taburete. Al ver eso solté una risita. Nuestra mesa de la cocina, de madera baja y rústica, estaba hecha para gente bajita. Cuando me sentaba en los banquitos sin respaldo de tamaño infantil, mis piernas se deslizaban hasta el suelo con facilidad. Mi hermano Miguel todavía era pequeño. An-



tes de que contratáramos a un ama de llaves, mamá apenas descansaba, siempre estaba corriendo apresurada de un lado a otro, asegurándose de que la comida estuviera caliente y sazónada adecuadamente según los estándares de mi padre. Segundo, mi padre, medía apenas un metro sesenta de altura. Todos cabíamos perfectamente alrededor de la mesa. Pero ver a J, con su metro setenta y cinco, sentado a la mesa con las rodillas dobladas hasta la barbilla, sorbiendo de una delicada taza de porcelana, era ridículo.

Mi padre no permitía visitas a menudo, y mi madre parecía deleitarse con la compañía de J. Mamá puso en la mesa dos *baguettes* untadas con mantequilla, y rellenas de jamón y queso para que J desayunara antes de empezar a trabajar. Echó un chorrillo de café en mi taza y una ración de adulto en la de J, después llenó ambas con agua hirviendo que sirvió de un termo. Luego se sentó, dispuesta a cotillear, y se lanzaron a la charla monótona de los adultos, dejándome a mi aire con mi café y mi pan. Cogí la lata de leche evaporada de la mesa y eché un poco en mi taza. Mamá me había prometido que el próximo año, cuando cumpla seis, podría tomar una taza de café completa.

—¿Azúcar? —le pregunté a J, sosteniendo un tazón con terrones, pero mirando los trozos brillantes que reservaría para mí misma.

—No, no. Gracias —dijo J, revolviendo mi cabello—. No quiero engordar.

J estaba convencido de que el azúcar le haría engordar. Mamá siempre se reía de esto.

Así solían ser mis mañanas, felices, mientras J y mamá sorbían sus cafés y charlaban, él comiendo y ella molestándolo para que comiera más. Mientras tanto, yo disfrutaba del sol que entraba por la ventana del patio interior que quedaba junto a la cocina, empapándome de una sensación que no tenía durante el resto de la semana.



En ese momento noté cosas nuevas, pequeñas cosas, como la forma en que brillaban los ojos castaños de mi madre o el rubor en sus mejillas altas y llenas, el calor del sol en mi mano, el sabor agridulce de la maracuyá y el crujido de sus semillas entre mis dientes de leche. Podía sentir cómo estas cosas se introducían en mi mente, imprimiéndose como color, luz y alegría.

J limpiaba nuestra casa desde que yo era pequeña. Un primo lejano pero de confianza se lo presentó a mi padre como alguien de fiar. En los años setenta, Lima tenía una jerarquía social que situaba a los mestizos, de piel clara y de sangre mayoritariamente española, por encima de los indígenas, andinos de piel más oscura; y trazaba líneas entre la clase trabajadora, la media y la alta, con una definición tajante. El color de la piel era sinónimo de clase. Aunque mi padre era de la sierra, su piel clara y su educación le permitieron introducirse fácilmente en la sociedad limeña, pero mamá se mantenía al margen, más cómoda con la clase trabajadora que con la élite. La mayoría de las familias limeñas que podían costearse personal para el hogar jamás se tomaban un cafecito con ellos. Pero mamá trataba a todas las personas, ricas o pobres, por igual, y exigía que yo hiciera lo mismo.

«La seguridad financiera es tan gruesa como un cabello», decía ella.

Los recuerdos de la pobreza la perseguían como un perro fantasma, tan cerca que creo que aún podía olerla. Para ella, J era un igual, ambos hacían lo que fuera necesario para ganar la lucha. Joven, trabajador y mucho más cercano a su edad que mi padre, J era el tipo de hombre de campo fuerte y amable que ella deseaba que fuera mi padre. Que, al principio, tal vez creyó que era.

* * *



Para la gente de su pueblo natal, Santa Cruz de Chuca, un pequeño pueblo de los Andes, mi padre había hecho las cosas mejor que bien. En primer lugar, había salido de las montañas y llegado a la capital; había estudiado, abierto su propia empresa de contabilidad y construido nuestra casa en Santiago de Surco, un colorido barrio de clase media con aspiraciones de clase alta. Y aunque mi padre se había convertido en un hombre de negocios, impulsado por los logros laborales y el estatus social, su corazón se ablandaba ante la posibilidad de ayudar a los jóvenes de la sierra, donde el dinero y las oportunidades eran escasas. Trajo a muchos hombres a Lima y utilizó sus contactos para conseguirles trabajo. Sabía lo que era ser tratado como ciudadano de segunda clase, tal como su nombre: Segundo. Al principio, mi padre desconfiaba de dejar entrar a otro hombre en la casa. Para él, ceder cualquier parte de su territorio era un asunto importante. Pero, al igual que mamá, debió de ver algo de sí mismo en J, porque, con el tiempo, lo adoptó como parte de la familia.

En algún lugar hay una foto mía de pequeña, cogiendo a mi padre de la mano, mientras persigo una pelota roja de plástico. En el fondo, J nos observa sonriendo.

J venía a limpiar todas las semanas, y hacerlo le llevaba todo el día. Nuestra casa, una construcción modernista de dos pisos diseñada por un conocido arquitecto limeño, era la obra más preciada de mi padre, y exigía que se mantuviera impoluta. Las ventanas que iban del suelo al techo envolvían la casa y dejaban entrar una luz blanca y abrasadora, pero los suelos oscuros de madera de caoba se la tragaban rápidamente y la convertían en sombras.

J empezaba con las ventanas. Yo me quedaba en la entrada, observando con asombro cómo apoyaba una larga escalera metálica en la fachada de la casa y subía peldaño a peldaño para limpiar y abrillantar el exterior de las ventanas con vinagre y

montones de periódicos viejos. La tinta húmeda le manchaba las manos durante el resto del día. Luego seguía con el suelo. Pulía el parqué, las escaleras y las pesadas barandillas hasta dejarlas relucientes con la cera roja, una sustancia espesa y penetrante que olía a gasolina derramada. Era de color rojo sangre, y cuando J la exprimía en el suelo, me recordaba al pegamento denso y pegajoso que utilizaba para mis proyectos de arte. Pero a medida que iba aplicando lentamente la cera sobre el suelo, se volvía resbaladiza y se extendía con facilidad, desapareciendo en la madera. Durante los días siguientes, cuando caminaba por la casa, mis medias se resbalaban salvajemente y mis zapatos hacían un chirrido de goma por lo limpio que había quedado. Pero lo que más recuerdo es el olor. Astringente, pesado, alcohólico; se pegaba a mis fosas nasales, a mi ropa.

—¡A trabajar!

J se agachó y, de un solo movimiento, me levantó del taburete y me subió a sus hombros. Desde allí podía ver la parte superior de la nevera, casi podía tocar el techo con mis dedos. Me reí, alegre. Con la misma rapidez, me dejó de nuevo en el suelo y se agachó para recoger su taza y su plato.

—Déjalo nomás —dijo mamá, haciéndole adiós con la mano—. Déjalo. Silvita, dale un abrazo a J y no te metas en sus asuntos, ¿está bien? Tiene mucho que hacer.

Pero J y su silbido ya estaban dirigiéndose hacia el armario del vestíbulo, donde cambiaba sus pantalones caqui y su camisa de manga larga por unos pantalones de trabajo andrajosos y una camiseta. Cada semana, cuando terminaba de limpiar, se daba una ducha en el tercer piso, en la azotea, donde quedaba la lavandería; enrollaba sus cosas en un fardo improvisado y se vestía de nuevo con sus pantalones caqui y su camisa de botones. Solía marcharse por la tarde, cerca de la puesta del sol, y su cabello espeso y oscuro siempre estaba peinado a la perfección.



Al año siguiente, justo cuando empezaron los asesinatos de Sendero Luminoso en las montañas que rodean Cuzco, empecé el primer grado en el María Reina, la escuela católica de los marianistas, al otro lado de la ciudad. El viaje era largo, pero como mi padre era el contable de la escuela le hacían un descuento. La educación era lo más importante para él, y una escuela prestigiosa a buen precio era algo por lo que estaba dispuesto a conducir, incluso por una hija. Para asistir a las clases necesitaba un uniforme «único». Herencia del Gobierno militar de Perú, en 1970 se promulgó el uso de un mismo uniforme escolar para todo el país, como un intento de reformar nuestro sistema de clases sociales profundamente arraigado. Se pensó que de alguna manera, vistiendo igual a todos los alumnos, los escolares se verían hermanados, borrando así las diferencias sociales, raciales y económicas. No habría ninguna razón para discriminar a nadie. El uniforme debía usarse durante toda la escuela primaria —de primer a sexto grado— y durante toda la secundaria.

En unos grandes almacenes, dos uniformes prefabricados podían costar alrededor de trescientos soles. Pero en el Mercado Central, donde mamá me llevaba con el dinero de mi padre medido en su cartera, se podía comprar tela de imitación y mandarla a coser por una cuarta parte del precio.

—¡Agárrate fuerte de mí! —me advirtió mi madre, apretando mi mano izquierda y sujetando su bolso con la otra.

Siempre atenta a los carteristas y ladrones que pululaban por el mercado, mamá era experta en sortear las calles. Alrededor del mercado, los triciclos, los vendedores ambulantes y los autobuses convergían en turbas humeantes mientras la gente corría entre el tráfico. «¡Caserita! ¡Caserita!», gritaban los vendedores, empleando apodos cariñosos para dirigirse y atraer a los clientes. El cortejo y la charla amigable eran simplemente una parte de las compras.

—Caserita preciosa. Ay, mi reina, ¿en qué te puedo servir?

Erguí la espalda un poco más. Sabía que mi madre era preciosa, y oírlos gritar detrás de ella, tratando de llamar su atención, aunque fuera solo para hacer negocios, me llenaba de orgullo. Ella lo utilizaba en nuestro beneficio. Eso también formaba parte de las compras.

Mamá puso sobre el mostrador el material para dos faldas y dos camisas. Mientras el vendedor hacía la cuenta, mamá añadió otros dos rollos de tela. Ambas piezas eran grandes.

—¿Cuánto es? —preguntó mamá al vendedor.

—Doscientos soles —respondió.

—¿Qué cosa? ¡Es carísimo! Ni hablar. Vámonos. Vamos, Silvita. —Me agarró de la mano y tiró para sacarme de la tienda. Yo levanté la frente y caminé junto a ella.

—¡Espera, espera! —gritó el vendedor—. 150.

—¿Qué cosa? ¿Crees que soy millonaria? —Mamá resopló y seguimos caminando.

—¡Ay! 125.

Mamá giró sobre sus talones, mirando por encima del hombro, todavía lista para salir de la tienda.

—Cien. Y nada más —respondió mamá—. Mira, parece que a él le encantaría hacer negocios conmigo —añadió, señalando un puesto idéntico al otro lado de la calle.

—Está bien, está bien, cálmese. Vuelva.

Nuestra salida era escenificada, parte de la canción y el baile de la negociación. Solo un tonto pagaría el primer precio, incluso yo lo sabía. Teníamos que actuar como si estuviéramos dispuestas a irnos para conseguir lo que queríamos.

—Ponga los cortes más grandes en otra bolsa, por favor —dijo mamá mientras los separaba y doblaba con cuidado sobre el mostrador, con sus manos recorriendo tiernamente el pesado material.

Pagó, dio las gracias al vendedor y nos metimos de nuevo en las calles atestadas, con los dos paquetes metidos bajo el brazo de mamá y mi pequeña mano doblada entre la suya.



—Mamá, ¿pero por qué dos paquetes? ¿Para quién son?

—Ssh, ssh, hijita —me dijo—. Estate atenta ahora mismo. Tienes que aprender a prestar atención en la ciudad. Tu vida es demasiado despreocupada.

Ella se había criado en La Victoria, un barrio industrial que bordea los límites de la ciudad de Lima antigua. No se parecía en nada a las cuidadas calles de mi barrio. En Lima, las industrias se agrupaban en distritos: zapateros, comerciantes de telas, de piedra y azulejos. La Victoria era la parte de la ciudad dedicada a la industria automotriz. La llamábamos «el centro de reciclaje». Si querías encontrar alguna pieza que te hubieran robado, ibas a La Victoria. Claro que allí había que cuidarse las espaldas. Solo se podía confiar en la familia. Pero, incluso entonces, las lealtades fluctuaban.

Cruzamos la avenida principal, sorteando los autos. Las bocinas pitaban mientras nos apresuramos hacia el cruce de la calle Capón. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Conocía esa esquina. Nos dirigíamos a mi panadería china favorita. Alrededor del mercado, el enorme barrio chino de Lima estaba lleno de chifas, restaurantes fusión de comida cantonés-peruana.

—No hace falta que le digas a tu padre que hemos venido al centro —dijo, entregándome mi bollo de cerdo favorito.

Me pregunté si deberíamos llevarle a mi padre un bocadillo. Su oficina quedaba justo al final de la calle, pero no le gustaba que pasáramos por allí sin avisar. O, en realidad, no le gustaba que pasáramos en absoluto. Yo ya había aprendido a dejar de preguntar.

—Mmm..., mmm... —tararé con la boca llena, saboreando cada bocado de ese bollo suave como una almohada.

* * *

Mi padre me dejaba en la escuela todas las mañanas temprano, de camino a su oficina, conduciendo por toda la avenida Angamos. En ese entonces, la hora punta era mínima: algunos colectivos, los vehículos comunales que hacían las veces de minibuses urbanos, atascaban las pistas, y en los semáforos los vendedores de periódicos sorteaban los autos para asaltar a los conductores el periódico de la mañana a través de la ventanilla. Por las tardes, papá me recogía y volvía a casa para almorzar —un almuerzo largo y tardío— antes de volver a la oficina para trabajar hasta la noche. A veces, ni siquiera llegaba a cenar a casa. Esas eran las noches en las que mamá caminaba nerviosamente por la cocina; otras veces se ocupaba de mi hermano Miguel.

Mi madre era una mujer muy activa y difícil de encontrar. Siempre estaba entrando y saliendo de casa, haciendo un sinfín de recados, corriendo de aquí para allá. A veces, en lugar de subirnos al coche para acompañarla, nos dejaba en casa con J. Gran parte de ese tiempo era un borrón de movimiento, luz y ruido.

Una tarde me preparó una pequeña estación de arte en un escritorio de la habitación de invitados con un bloc de dibujo y lápices de colores.

—Mamita, ¿puedo ir contigo hoy? —le rogué con desesperación.

—No. —Me hizo callar, girando mi cabeza hacia el papel y los colores—. Hoy no, hijita. Quédate aquí con J. Otro día puedes venir.

—Mamita... —le supliqué.

—Ya vengo. —Me dio un beso en la mejilla y salió corriendo antes de que pudiera seguir protestando—. ¡Un ratito! —gritó, ya a mitad de la escalera.

«Un ratito.» Mamá siempre salía un ratito. Solo un minuto, un momentito. Todo era en diminutivo. Un poquito de tarta.



Un sorbito de pisco. ¿Cómo podría un pedacito tan diminuto de algo hacerle daño a alguien?

No recuerdo cuánto tiempo habría pasado desde que se fue antes de oír el silbido de J llegar desde el pasillo.

—¿Silvita? —me llamó por mi nombre con su voz profunda de barítono.

—Ah, aquí estás. —Entró y cerró la puerta tras de sí. Se llevó el dedo índice a la boca—: Sssh... —susurró. Sus ojos brillaban como si aquello fuera un juego—. Sssh...

Solté una risita, asintiendo con la cabeza. ¿A qué íbamos a jugar sin hacer ruido? El juego silencioso. Lo conocía. Tal vez jugaríamos al escondite.

—Ven aquí. —Su susurro se tornó áspero, apagado.

—¿Qué? —dije.

—Siéntate. —Dio una palmadita en la cama.

Solté el lápiz y me dejé caer junto a él. J puso su mano en mi pierna, por encima de mi falda escolar. Su palma se tragó mi muslo y la punta de sus dedos rozaban mi rodilla. Su mano estaba fría y áspera por los años de limpieza. Sentirla contra mi piel cálida me dio escalofríos.

Sus ojos sostuvieron los míos mientras se inclinaba y rozaba sus labios contra mi mejilla. Pude sentir los gruesos pelos de su bigote y me tragué una risita, haciendo lo posible por permanecer en silencio. Debía seguir las reglas del juego. Entonces, hizo algo nuevo. Sus labios se acercaron a los míos. Apretados y resecos, rasparon la piel suave del interior de los míos. Me quedé paralizada. Observó mi cara como si buscara algo. Había visto a mis padres besarse, yo había besado a mi tía, pero este beso se sentía diferente. Le seguí el juego. Lentamente, J empujó el largo pliegue gris de mi falda escolar sobre mi muslo y me indicó que apoyara la cabeza en la almohada. Ya no hubo más risas, no hubo más sonidos. J dejó de susurrar, pero continuó presionan-



do el dedo índice contra sus labios para hacerme saber que seguíamos jugando. Después de un rato —tres minutos, cinco minutos, una hora, una eternidad, no lo sé— me bajó la falda nuevamente y, sin romper el contacto visual, me peinó un rizo suelto que había escapado de mi cola de caballo.

Vi una mancha blanca y pegajosa en mi pierna, y cuando estiré mi mano para tocarla, J la limpió rápidamente con el interior de su camiseta.

—No digas nada —susurró, acercándose tanto que el vapor caliente de su boca me mojó la oreja—. Tus papás saben lo que estoy haciendo y están de acuerdo.

Con J siempre había estado dispuesta a jugar. Me había besado antes en la mejilla, me había acariciado en la cabeza, había jugado conmigo, me había lanzado al aire y todos nos habíamos reído. Mamá y yo. Nuestra risa significaba juego. Y ahora él estaba cumpliendo órdenes, estaba haciendo caso a mis padres, a mi padre, como siempre lo había hecho yo también. No entendía por qué le habrían pedido que hiciera eso, pero no me atrevía a cuestionarlo.

«En conversaciones de adultos se callan los niños», decía siempre mi padre.

Después de eso, J nunca más tuvo que hacer ssssh con la boca. Bastaba con que se llevara un dedo a los labios para que el sonido se agitara en mi mente. Una gran serpiente silenciadora que ahogaba en mí cualquier pensamiento, cualquier impulso de hablar, de cuestionar. Incluso mi silencio era silencioso.

Y así fue como comenzó.

Un juego largo, silencioso y extraño del que nunca conocí las reglas. Lo único que sabía con certeza era que el sonido de la puerta del garaje abriéndose significaba que era el final. La casa comenzó a ponerse de cabeza sobre mí. Sus rincones se oscurecieron.